

Arte trujillano del Siglo XX: Afirmación de fecundidad, belleza y simbolismo

Carmen Araujo Valero*

Retomar el tiempo para encontrar el origen del arte Trujillano.

Hacer referencia a la historia del arte trujillano desarrollado en el curso del Siglo XX, nos coloca en una situación de preocupación ya que es limitada la referencia bibliográfica y documental que registre esta importante y necesaria información, sin embargo esto se convierte en el inicio de un proyecto que desde ya aspira a despertar la memoria de quienes testimonien estos datos y diseñar un horizonte que nos permita rastrear los senderos seguidos por las obras de estos creadores plásticos, cuyos resultados evidencian la sabiduría, habilidad y dimensión de los constructores de la historia plástica de esa centuria en esta región del país.

Esta breve introducción pretende ser una excusa de las posibles y seguras omisiones que habrá en este escrito, pues aún sumergidos en un trabajo de investigación permanente en torno al arte trujillano, reconocemos que nuestro interés se ha centrado básicamente en el arte popular. Esto ha obligado a recurrir a críticos e historiadores tratando de buscar en lo que su aguda percepción ha extractado, siendo así fundamentales dos textos de referencia que dan solidez a buena parte del presente contenido: **La Historia de Trujillo**, de Mario Briceño Perozo, y **Los cuicas y sus Herederos Poéticos** de Antonio Pérez Carmona, así como también por referencias en conversaciones informales ofrecidas por profesores como Alí Medina Machado, Eduardo Zambrano y artistas como Alfonso Rodríguez y Carlos Torres. Sus valiosos aportes dan las herramientas elementales para expresar lo siguiente:

*Museógrafa. MSc. en Gerencia de la Educación. Profesora a dedicación exclusiva en el NURR – ULA. Adscrita al Departamento de Ciencias Pedagógicas. Investigadora del Centro de Investigación Literarias y Lingüísticas Mario Briceño Iragorry. Directora del Museo de Arte Popular “Salvador Valero). E – mail: cararau@cantv.net

Trujillo, estado venezolano situado en el Valle de los Mucas, fundado el 09 de octubre de 1557 por Diego García de Paredes, es un territorio geográfico que al decir de Mario Briceño Perozo se caracteriza por sus *“moles gigantes que se entrelazan marcando un rumbo que comienza de suroeste a noroeste, en algunas partes se deprimen, en otras se alzan soberbia, majestuosamente”*(p.14-15)una montaña que *“emerge del colorido de sus paisajes, de la imponente de su altura”* y también de su misterio *“envuelto en la leyenda que por siglos se transmiten los labriegos que frecuentan las laderas y repasan los agrestes ventisqueros”*, un territorio peinado de páramos al que sus habitantes *“imaginan como un viejo de espesas y largas barbas al que hay que tener contento, porque si se enfurece castiga con látigos de tempestad y descargas de lluvia incesante”*(ob. Cit. p.15).

Un estado cargado de historia indígena e historia colonial y de gran participación en los hechos fundamentales de la Independencia venezolana. Herencias que se ubican en los nombres de sus grupos indígenas tales como **misies, bujayes, tonojoes, monayes, tirandes, chachies, chiquimbúes, mitisúes**, entre otros, que dan vida hoy día a los municipios y poblaciones. Territorio histórico que dejó el legado de reupa: dios sol, padre que todo lo da; y chaseung: luna: la madre que ampara, que mora en la montaña y donde su gran espíritu **Kachuta Narambeuch** dio belleza y simbolismo a la fe y la vida de esa época gloriosa, casi olvidada y que sin embargo, como renacer cultural ha sido la base más hermosa sobre la que se han levantado los artistas que describen el arte del siglo XX, como si los siglos anteriores estuvieran dormidos.

Trujillo inicia el siglo veinte viendo nacer a los hombres y mujeres que construirán su historia plástica. En los inicios la historia del arte en esta región del país se centraba básicamente en apreciar obras de artistas venidos de otras partes del territorio que apenas eran representantes de la riqueza productiva ocurrida que emergía y que además era privilegio de unos cuantos. Obras que si bien se atesoraban en las casonas coloniales de las familias más pudientes del estado, seguían siendo de tema religioso o retratos familiares, aunque paralelo a esto seguramente se mantenía una tendencia creativa que surgía del pueblo, heredera del arte indígena, autodidacta y anónimo, que fuera continuado por los artistas populares, lo que significa que esta historia se divide en creación de carácter académico y en la producción plástica popular.

Una historia de carácter académico

En principio nos referiremos a la plástica de carácter académico que marca sus inicios en la primera mitad del siglo XX y cuya referencia más remota la señala Marcos Rubén Carrillo cuando expresa que en la segunda década había “*dos buenos pintores: Pablito Fernández y Francisco Palazzi. El primero trujillano de nacimiento pintó paisajes muy bien logrados de colores vivos con buena perspectiva y bien logrados escorzos y el segundo, venido de Maracaibo, cultivó el arte de la fotografía y el difícil género del retrato*”. En esta primera parte se da la creación de espacios para la enseñanza seria y metódica de la pintura con la creación en 1942 de la escuela de arte enmarcada en el proyecto de constitución del Ateneo de Trujillo, siendo su primer director el Profesor Domingo Garbín, maestro italiano quien puso sus conocimientos al servicio de la colectividad trujillana.

Esta escuela funcionó en la Casa de Historia y era al mismo tiempo escuela de música. Más tarde fueron separadas las sedes: la escuela de música se mudó a la calle los Pajaritos y la escuela de pintura a la vieja casona Negra Matea. Para ese momento las clases se ejecutaban al aire libre en los alrededores del río Castán, y se constituía en una rica experiencia de estudio de la naturaleza. Luego la escuela se instala en la sede actual del Ateneo de Trujillo donde además se creó el Museo de Arte Contemporáneo Americano. En esta escuela se implementó un Plan Vocacional de Artes Plásticas cuyo objetivo era proporcionar al individuo con talento, vocación y aptitudes hacia las artes plásticas, una formación sistemática y especializada para desarrollar y cultivar conocimientos, habilidades y destrezas que le permitan ser sensibles, creativo, valorativo, crítico e interpretativo de los valores esenciales de la pintura artística y la escultura en sus diversas manifestaciones.

Tenía 3 años de duración y se entregaba una credencial equivalente a **certificado de suficiencia en artes plásticas con mención en arte puro**, donde fueron profesores: Domingo Garbín, Dámaso Orgaz, Luis Felipe Quintanilla, Ivan Belsky, Víctor M. Briceño y Manuel Cabrera. Estos propósitos se continuaron con la creación en 1950 de la escuela de artes Monseñor Contreras en Valera. En estas escuelas se formaron los primeros valores de la plástica trujillana, entre los cuales se pueden mencionar : José Felipe Márquez, Petronila de Vásquez, José Juan Rodríguez, Ricardo Salazar, Pablo Fernández, Aníbal Briceño, Ilvio Rivero, Tomás Godoy, Bartolo Lugo, Alberto Aranguren, Agustín León, Ángela Raga, José Luis Angulo, Emilia

de Linares, José Juan Rodríguez, Agustín León, Luis Alberto Villegas, José Manuel Rosales, Henry Viloría, Emilia de Linares, Omar Rumbos Morón, Juana Francisca Hernández; Agustín Montilla y José Ramón Quintero, Adhemar González, Rafaela Castellanos, Rómulo Pérez, Marcos Miliani, Asdrúbal Colmenárez y Alfonso Rodríguez.

Algunos de estos artistas sortearon su destino saliendo de Trujillo y atendiendo a las becas que para entonces se ofrecían para viajar al exterior, lo que les permitió un desarrollo amplio de su obra, siendo el mayor representante de esto, Asdrúbal Colmenárez, nacido en 1936, formado bajo la tutela y dirección del poeta y pintor Dámaso Ogaz quien lo estimula a viajar a París en 1968. Extraordinario creador cuyos aportes al arte universal hacen de él un exponente indiscutible de la historia del arte nacional, caracterizado desde muy niño por una pasión desenfrenada y por la necesidad de ser diferente a lo que le imponían los patrones de la plástica de entonces, quizá esto lo llevó a un camino de búsquedas más allá de lo tradicional hasta ahondar en formas diversas de materiales y estilos, y lograr ser hoy día uno de los artistas venezolanos de mayor trayectoria. Expresa Navarro Castro que *“es un representante de un arte con un discurso interdisciplinario que toma en cuenta la situación actual de la civilización contemporánea... a fin de estimular el vuelo de la imaginación y la participación reflexiva sobre el papel del artista en sus búsquedas, dudas y hallazgos”*. Asdrúbal como representante de la plástica trujillana, tiene su origen en esta tierra y un amor ligado a familias y recuerdos que seguramente le acompañan en las obras que hace, esa presencia repetida en su tierra natal indica el nexo indestructible con sus raíces. Colmenárez es para los artistas trujillanos la referencia inmediata, la mayoría de sus compañeros y discípulos son los artistas de mayor envergadura en el estado, algunos de los cuales han continuado creando y otros han constituido escuelas de arte como es el caso de Rafaela Castellanos y Alfonso Rodríguez. Alfonso tuvo la oportunidad de ir a Europa un año después y con el mismo beneficio de Asdrúbal, pero prefirió quedarse en Trujillo donde comparte actualmente la pasión por la pintura y una vida de entrega a la música.

Asdrúbal es así el artista trujillano de mayor proyección y aunque su formación se desarrolló fuera de su pueblo natal, no hay duda del nexo que ha mantenido con su tierra y es para los artistas de su generación y para los nuevos creadores, su orgullo e inspiración.

En estos mismos términos destacan: Adhemar González, Pintor nacido en la Quebrada que ha participado en diversas muestras en Trujillo y fuera del estado, situado en la corriente figurativa lírica, dibujante excelente, que formó parte de los trujillanos en Caracas en los años 60', con un importante inicio a través de propuestas plásticas cercanas al surrealismo, estilo que ha ido modificando y que sigue haciendo en su refugio de la montaña en su Quebrada nativa; Alfonso Rodríguez, un pintor de inmensa sensibilidad y grandes capacidades que le han servido para dejar testimonio de lugares y personajes, convirtiéndolo en un cronista visual de Trujillo. Sus habilidades y pasión por el arte lo han comprometido con las nuevas generaciones a quienes forma orientándolos en las técnicas, en la interpretación la sensibilidad y la historia del arte y del ser humano. Estudió restauración y ha participado en varias e importantes exposiciones obteniendo premios diversos, sus hijos dan continuidad a su creación. Destaca también Rafaela Castellanos, trujillana dedicada a formar jóvenes con técnicas convencionales en su Escuela de Pintura y exponiendo anualmente el resultado de sus proyectos, fue discípula de Asdrúbal Colmenárez y aunque en sus inicios participó en colectivas con los artistas de su generación, se dedicó más a la enseñanza tradicional; Rodolfo Minumboc: escultor y pintor, ejecutor sensible, observador y colector de versos y sonidos. Obtiene una beca para viajar a Roma donde transcurre su vida y participa en diversas exposiciones en Trujillo, Venezuela, Roma y España.

Es necesario señalar en la referencia al desarrollo académico de la plástica trujillana el papel cumplido por las galerías como espacios de apoyo a los artistas, donde tuvieron especial importancia la Galería **El ojo de la montaña** del profesor Luis González y la Galería **La Muralla** (ahora Galería de Arte contemporáneo Asdrúbal Colmenárez), creada en los espacios de la Universidad de Los Andes en Trujillo, complementado con la cátedra Armando Reverón que funcionaba en la Villa Universitaria y formada por Javier Ferrini (diseñador y pintor), Alirio Briceño (fotógrafo) Marcos Sánchez (escultor) y Miguel Pía Viloria (pintor).

Por otra parte se ubica un grupo de artistas que habiendo nacido en Trujillo emprendieron su camino artístico en otras geografías del país y de los que apenas se tiene referencia local siendo hoy día testimonio importante

en el desarrollo de la historia del arte nacional con destacada participación en salones y siendo merecedores de premios y reconocimientos, algunos de ellos son: Cristóbal Godoy, pintor nacido en 1949, Lenin Ovalles, nacido en 1951, y Edgar Parra 1962.

Arte Popular Trujillano, fortaleza de la historia de la plástica en el siglo XX trujillano.

Por otra parte ocupa a este trabajo de forma significativa la producción plástica de los artistas populares herederos de la historia indígena, continuadores de su pensamiento mítico, de esas formas de vida mezcladas en el tiempo, enriquecidas, transgredidas muchas, ya borradas otras, pero que vienen a ser la presencia indiscutible del más formidable hacer y sentir de este pueblo llamado por Iragorry “tierra de María Santísima”, geográficamente irradiada por las leyendas de encantos y por una fe a veces iracunda a veces mansa en santos, ángeles, vírgenes que en su mayoría son los temas en los que se inspiran estos hombres y mujeres.

Al respecto expresa Pérez Carmona 1976 “*nos metieron por los ojos que la pintura había nacido con las Vírgenes coloniales, con los cuadros de francisco José de Lerma, de José Zurita, de los Maestros de Caracas, de Lara y el Tocuyo... Acaso qué eran los chotores? eran el parto de la pintura con la imaginación y los fascinantes colores tomados de la guacamaya y de la culebra coral.*” (p.43), es decir que la historia del arte trujillano tiene sus raíces y su transcurso en la historia indígena, lo que motiva a pensar en que “*si la raíz del ingenio Trujillo la encontramos en los procedimientos cuicas, lógicamente que, como portadores de fórmulas tradicionales espontáneas y virtuosas a la vez, seamos el canal exuberante por donde fluye una gran manufactura del arte popular.* (Ob.cit.. 1976,p. 75) y crean un vacío entre la etapa indígena y el siglo XX. Señala Pérez Carmona (1979) que no hay razones de dicho vacío ya que se dieron las condiciones ideales para que se desarrollara una producción plástica a través de las órdenes de Santo Domingo y San Francisco, que cumplía la formación religiosa a los indígenas por medio de talleres de arte y que sin embargo no arrojó protagonistas, aunque esto no niega la producción oculta, anónima que con toda seguridad se desarrolló en todo el estado y se continuó hasta nuestros días con especial preponderancia en la pintura. De esto, expresa Briceño Perozo “*la cultiva el trujillano por vocación, para dar paso al discurso incontenible de llevar al lienzo la imagen de un héroe, la belleza de un amanecer montaños, la nostalgia de un atardecer campesino, la*

mansedumbre de los bueyes que tascan la hierba, la fuga del agua por entre los riscos de la serranía” (p.203).

Esto determina que los artistas populares son los que han servido de mayor proyección a la plástica trujillana tanto en el ámbito regional, como en el nacional. Parte de esto se debe a la presencia de Carlos Contramaestre entre los años 1940 –1960, quien estando residenciado en Trujillo y trabajando como médico, presenció los talentos plásticos y los valores de las propuestas de un grupo de artistas a quienes promovió y organizó exposiciones, estimulando sus trabajos. Este gesto de amistad sostenido y expresado entre ellos quedó reseñado en varias entrevistas y diversos documentos, dándole a Contramaestre el distintivo de impulsor de los artistas Salvador Valero, Eloísa Torres, Josefa Sulbarán y Antonio José Fernández –El hombre del anillo-. Lo señaló Perán Erminy cuando expresa que el primer grupo cultural vanguardista venezolano que se entusiasmó por la pintura popular, que escribió exaltando sus virtudes y organizó las primeras exposiciones de artistas como Salvador Valero, Antonio José Fernández –el hombre del anillo- fue el grupo Sardo y nombra como promotores a Aquiles Nazoa, Alfredo Almas Alfonso, Francisco D’Antonio, Rafael Pineda, Juan Calzadilla, Raúl Nass, Juan Liscano, Oscar González Bogen, Enrique Hernández D’Jesus, Flor Romero, Antonio Luis Cárdenas, Mariano Días, entre otros, quienes fueron además defensores de la obra popular, sembrando bases firmes sobre las que se levantó la historia del arte popular de todo el país, defendiendo los valores plásticos y creativos y cuyas críticas y reseñas son hoy día el mejor testimonio de una empresa generada a favor de los artistas populares. Consolidada en la publicación de libros diversos sobre estos artistas en los que nunca faltan los trujillanos.

Ante esto se hace necesario referir a lo que expresó Juan Calzadilla (citado por Pérez, 1976) a propósito de lo que pudiera llamarse el manojito de artistas emergidos desde el pueblo, autodidactas, cuando expresa que:

En los lugares más apartados, allí donde un tanto al margen de la civilización del progreso, viven y trabajan modestos artistas que solo parecen identificarse, y de una manera profunda, con una clase social: el pueblo. Artistas que vienen de ser artesanos y que en la mayoría de los casos, continúan siéndolo cuando crean sus imágenes para atribuirle una función social en la comunidad donde viven y con la que ellos se sienten comprometidos. Revelado

inicialmente en la ciudad, o donde lo llevó el éxodo rural, el artista del común, manifiesta su origen trasmontano o campesino. El es como la conferencia del terruño, aunque parezca muchas veces, como el hombre rebelde (p.48-49).

Es así como en el transcurrir de la plástica popular trujillana se hace palpable un importante y representativo número de artistas que supera los doscientos creadores populares trujillanos, con predominio en la pintura y cuya complejidad y procedimientos plásticos evidencian una rica diversidad de estilos que en el tiempo han logrado de manera individual ser reconocidos por aportes particulares, y que de forma muy general ofrece la oportunidad de establecer dos tendencias dentro de lo popular: La primera formada por aquellos artistas que se basan en formas puras y colores planos que van dando sentido a temas de tradiciones, religiosos, históricos o improvisaciones y entre los que destacan:

Rafaela Baroni: Artista nacida en La Mesa de Esnujaque el 01 de noviembre de 1935. Esta mujer descubre su misión en la vida cuando se encuentra con la madera a través de un sueño. Su personalidad multifacética que tiene el don de la posesión dinámica de ser actriz, escritora, compositora, escultora, pintora, amante de la naturaleza, los animales, “curadora” de enfermedades (a través de la cédula) y un carácter que le ha permitido darse a conocer en toda la geografía nacional, dejando un recuerdo de su obra y de su personalidad en cualquier escenario en que haya participado. Todo este legado humano le ha permitido también autogestionarse y convertirse actualmente en el personaje principal en “El Paraíso de ALEAFAR” su residencia-taller-museo, ubicado en la población de Betijoque, donde habita con diversos animales y un hermoso jardín insospechado en esa tierra inhóspita y hostil, en la que además tiene construida su tumba, ataúd y mortaja que serán su compañía en el futuro eterno.

José Manuel Torralba: (Tallador de piedra y madera por excelencia, ganador de 6 de las 7 Bienales Salvador Valero, quien además ha organizado en su casa un Museo de interesantes y curiosas colecciones y capacita a los niños de su comunidad en el manejo de sus materiales predilectos.

Carlos Torres: Escultor autodidacta que ha sabido familiarizarse con los materiales constructivo para la elaboración de esculturas, que va elaborando con un cuidadoso estudio de las proporciones.

Juana Rosario: escultora. Mujer de gran fortaleza y espiritualidad, trabaja con diversos materiales que van dando forma con su María Lionza como figura central. Así convoca al público a una sesión de coincidencias de lo terrenal y lo espiritual, de lo conocido y lo desconocido, con la certeza de saberlo todo por voces de su propia voz. El arte para ella es una excusa para cumplir misiones, para ayudar y salvar, fabrica piezas que aún siendo para altares, son verdaderos trabajos plásticos.

Josefa Sulbarán: pintora nacida en 1923, dedicada a narrar con colores, se conoce como la pintora de los Cerrillos donde ha observado los verdes más hermosos para robarlos un poco a la naturaleza y dejarlos viviendo en sus pinturas. Josefa va trazando caminitos por donde todos podemos transitar, y además acomoda personajes de faenas, sacados de la historia colectiva o de su propia vida haciendo con ellos esa grandiosa integración entre la naturaleza y el ser humano.

Evelia Mendoza: Escultora nacida 1956, quien expresa en primer lugar el amor, la forma serena de manifestarse la dulzura y la paz y así mismo elabora sus obras. Sus temas predilectos son escenas de la historia y sus santos, en los que demuestra el hábil manejo del barro, colorido y esa manera maravillosa de darle vida a los personajes a través del movimiento de los cuerpos y la mirada bondadosa en los rostros. Una obra de Evelia es un encuentro con las manifestaciones tradicionales, son narraciones que invitan a detenerse en los detalles y percibir suavemente la huella que va quedando de sus manos en un sutil mensaje que brota de su alma.

Alberto Manzanilla: Tallista boconés que trabaja en comunidad con sus hijos, esposa y otros familiares, teniendo como tema fundamental a Bolívar que resurge de las formaciones naturales de la madera y que al adquirir posiciones diversas, se complementa con los colores brillantes de las pinturas que lo recubren.

Carmelita Rojas: nacida en 1923. La obra de Carmelita es como un juego hermoso de tiempos y espacios aunados en el lienzo, impregnados de energía y vitalidad donde los personajes danzan sigilosamente haciendo que el colorido sea al mismo tiempo música y encanto. Delgados, esparcidos entre los verdes de castillos, montañas, sueños e historias. En las pinturas de Carmelita suena el paso de viento y las aves, se asoman los recuerdos de cuando se es niño. Ella toma de la mano a seguir despacio esa huellas que

nunca se borran, como esperando seguir el contorno de un pincel trazado en la memoria.

Carmen Torres: Ceramista nacida en 1950. Heredera de una fortuna familiar y creativa de su cuñada Eloísa Torres, lo que la lleva a retomar la pasión por las cosas más hermosas que le obsequió la vida en las manos y corazón de su maestra. A partir de allí, va creando una historia colectiva en la que de una misma raíz brotan nuevas formas del barro, su material predilecto, colorido, sonriente y vivo, como cada uno de sus personajes. La huella de Carmen se va trazando en el tiempo dejando su propia señal, como rastro de todo lo que dejan las cosas más amadas.

Eloísa Torres: nació 1901 murió el 24 de diciembre de 1995. La “Niña” Eloísa como es conocida, representa el tiempo detenido. Es el principio de las formas insospechables surgidas del barro que perduran como ella, en la memoria de todos. Eloísa retoma los personajes y estampas de su pueblo que son los de todos los pueblos de Trujillo y los hace protagonizar en su trabajo plástico, jugando entre sus manos, como una niña eterna, que canta, baila y borda sueños, haciéndolos permanecer como huellas en la memoria. Eloísa no se irá nunca, pues sus figuras respiran su calor y se sumergen hasta el alma.

Antonia Azuaje: Nacida en 1932. Antonia es una habitante de la ciudad que no ha podido olvidar sus hábitos campesinos ni una herencia rural que se expresa en su pintura a través de imágenes que recuperan las vivencias de su infancia en Niquitao. Su pintura no se queda en los asientos de la memoria y en el puro caminar de la tierra; en ella se mezcla una observación atenta de muchos asuntos actuales con recuerdos, situaciones y anécdotas del pasado que como toda su obra, buscan plasmarse pícaramente en las fábulas provistas de una moraleja. Su obra la hace vivir eternamente entre las montañas que la vieron nacer, entre esos caminos donde reposan sus huellas.

Felicinda Terán De Salazar: Nació en Pampán en 1907. La obra de Felicinda la describe. Figuras alegres, desbordadas y festivas, nutridas de vida, colmadas de colores que gritan y se sacuden sobre fondos en los que prevalecen ángeles flotantes. Perfiles imposibles, rostros sonrientes, cuerpos agitados y trajes de fiesta. Sus personajes irradian entusiasmo y algarabía, todos se muestran convocados a un evento en el que la artista supo interpretar

la vida como una permanente celebración.

Manuel Cabrera: Nacido en 1949, escultor de una recia posición plástica formada en su contacto con los materiales tridimensionales, retoma figuras de la vida cotidiana y las elabora en formatos grandes, buscando reproducir la mayor naturalidad, para lo cual resalta sus defectos y las faenas a las cuales se dedican estos personajes.

Víctor González: nacido en Niquitao, descubre en las raíces una posibilidad libre de la naturaleza de sugerir formas que él va definiendo convirtiéndolas en animales y personajes extraños, apenas acabados y que en medio de su rústico aspecto son descritos con discursos alucinantes. Víctor es uno de los artistas más auténticos, sumergido en el silencio y el frío de los páramos trujillanos, acompañado además por el misticismo de las leyendas de esa comarca y de los violines campesinos que acompañan las más hermosas y puras celebraciones de fiestas populares.

Lorenza Bastidas: Boconesa 1932-2003. Recia, inmutable, convencida de ser lo que tiene que ser. Una mujer cargada de carácter y dispuesta a todo. Acompañada por una navaja, comía chimó y gustaba de beber aguardiente. Con frecuencia usaba sombrero, rebelde y religiosa. Apegada a los valores humanos y crítica en lo que creía injusto. Representa la potencialidad de la mujer ante las duras faenas, las capacidades creativas que surgen en el encuentro con la naturaleza, el sentimiento de apego a los santos que salvan y protegen y que descubre en la exploración de la madera, de donde brotan sus figuras.

Nabor Terán: artista autodidacta, cuyo trabajo le ha hecho merecedor de diversos premios y reconocimientos en distintos salones del país, con exposiciones individuales y colectivas cuya obra constituye la estrategia para exponer sus críticas crudas e inflexibles. Un trabajo formulado desde la fabricación de los materiales de trabajo, el altorrelieve es su técnica preferida con lo que elabora su arte “ingenio” como él mismo lo califica.

En segundo lugar se ubica un número mínimo de artistas cuyo trabajo plástico hace impalpable la frontera de apreciación y determinación entre lo popular y lo académico, artistas que reúnen en su obra una visión particular de interpretación y expresión surgida de una búsqueda tal vez inconsciente de estudio de las formas, los colores, perspectiva e análisis temáticos, y se

va extendiendo en posiciones muy intensas del mundo creativo y de la vida misma. Son artistas autodidactas, de procedencias humildes, campesinos, que sin haber ido a la escuela, descubren la pintura y la escultura como forma de expresión y que pudieran ser considerados integrantes de un estilo vanguardista popular: Antonio José Fernández (el Hombre del Anillo), Omira Lugo y Salvador Valero.

Omira Lugo: Nace en 1939. La obra de Omira es como ella, recia y segura, desbordada. Narrativa y acusadora. Omira se agita entre la escultura y la pintura, topándose a sí misma en sus pinturas, en los rostros agobiantes, arrolladores, denunciadores, y se asoma a los desnudos turbulentos que reclaman el amor, que imploran justicia y que critican los atropellos y abusos como si cada obra fuera un tribunal que dictamina el bien y el mal. Juega así al color rebosado sobre las extensas superficies, ojos que saltan para encontrar nuestra mirada y llegar a la conciencia, toca así la vanguardia del arte, borrando barreras y hace de esta manera que quien observe sus obras la encuentre a ella, con su rostro firme y su sonrisa brotando de los labios pintados. Los inicios de Omira en la creación son prácticamente recientes, aunque la calidad y fuerza de su obra se va abriendo camino de manera sorpresiva en la historia del arte nacional, ganando menciones y reconocimientos.

Antonio José Fernández: Conocido como el hombre del anillo, nació en Escuque, pintor y escultor de una tendencia y espíritu que lo convierten en un artista cargado de un misticismo particular y una personalidad comprometida, con un pensamiento polémico, sencillo y atrevido, que atribuye al color la potestad de hacerle valer sus pensamientos siempre alucinados o ambulantes entre la realidad y la fantasía. El Hombre del anillo, Premio Nacional de Pintura Popular en el año 1997, participó en innumerables exposiciones, y vivió en condiciones lamentables económicas. Constituyó una suerte de maestro sumergido en un mundo creado por él mismo, sin ánimos de atraer, sino aislado de lujos y atenciones, enfermo de cataratas, en una vieja casona en ruinas, rodeado de gallinas, pintó en las noches acompañado por velas, y tenía como rutina salir “con el sol” a hacer su recorrido por los alrededores del mercado municipal de Valera cargando un cuadro para hacer la fortuna diaria y dirigirse luego a la conquista del amor. El hombre del anillo, ese personaje identificado por el enorme anillo colocado en su dedo de la mano derecha, es uno de los valores fundamentales y de mayor trascendencia en la historia

de la plástica trujillana de todos los tiempos. Sus esculturas, cuerpos deformes resultado de aglomerados que visten una estructura de metal, simulan mujeres regordetas de rostros expresivos y distorsionados, que surgen de sus imágenes mentales, a las que algunos catalogan como de formas de la locura. Esas mismas imágenes se hacen bidimensionales en la pintura, para encarnar papeles de médicos, peleadores de gallos, conquistadores de damas, o mujeres de trajes floridos y sumergidos en extensas superficies que son unas veces cielo y otras fuego. Antonio José Fernández falleció el 5 de enero del 2006.

Y, finalmente **Salvador Valero Corredor**, nace en 1903 y muere en Valera en 1976. Es un artista que reúne una serie de características que lo colocan como el más grande de los artistas plásticos. En principio Salvador formó parte del primer grupo de creadores populares considerados artistas, su trabajo fue colocado en galerías en Trujillo, Caracas y Mérida en un momento histórico en que Venezuela abría las puertas a la valoración de l arte popular, tan desprestigiado e ignorado. Por otra parte Salvador fue un ser humano de una grandeza indiscutible que se basó en parámetros e ideales que lo llevaron a investigar sobre la historia de la humanidad y a estar enterado sobre diversos acontecimientos que ocurrían en todo el mundo lo que fue motivo para sus pinturas y numerosos escritos. Pero paralelo a esto se convirtió en un defensor de las manifestaciones tradicionales, mitos y leyendas e historia local de su pueblo, que fueron de igual manera temas trabajados reiteradamente en un estilo único.

Salvador Valero logró constituirse en un verdadero artista de propuestas y de reflexión que no se detuvo ante las limitaciones de todo tipo que tuvo que asumir. Su condición de amigo respetuoso de quienes lo apoyaban lo llevó a establecer amistad con artistas que le brindaron estímulo y reconocimiento a su trabajo y esa postura de defensor y promotor de la cultura lo hizo formar parte del proyecto inicia de creación de un Museo para Trujillo junto a intelectuales y artistas de la época, teniendo finalmente éxito este proyecto en 1976 cuando la Universidad de Los Andes crea el Museo de Arte Popular Salvador Valero, en su homenaje siendo ese mismo año el de su muerte.

Salvador Valero es el artista de mayor proyección histórica. Su pintura descansa en sus ideas y en el estudio que hace de la humanidad, en las reflexiones acerca de las diferencias sociales, la historia, las tradiciones

y leyendas, de los poderes económico, político y religioso, tanto sea en sus pinturas, en sus fotografías, o en sus escritos. Más conocido como pintor, fue un excelente fotógrafo y encontró en la imagen fotográfica la oportunidad de respaldar la historia a través de lugares, personajes y sucesos de interés, con fotos, de manera que acompaña sus composiciones fotográficas con anotaciones donde describe el contenido y fechas de las mismas. De esta manera salvador a través de la fotografía hizo lo que señala Perán Erminy “*fotos de identidad para el recuerdo. Porque así como las vemos ahora, alejadas de su álbum, de su familia y de su tiempo, sin que podamos reconocer a las personas retratadas, que no son, desde luego, nuestros parientes ni amigos, se nos vuelven fotos de gente anónima.*”.

Salvador Valero representa el pensamiento de un colectivo que despertaba en un momento del siglo donde ocurrían hechos de trascendencia internacional y que repercutieron de forma muy particular en la historia del Arte. Comprometido y hambriento por saber y crecer en su producción, buscaba enterarse de qué ocurría en otras geografías lo que lo llevó a estar en constante comunicación con los artistas caraqueños, y con ese movimiento innovador y sorprendente desprendido de todo un pensamiento por un grupo de personas entre quienes estaba su amigo Carlos Contramaestre. Habiéndose enterado Salvador de Los Tumorales Salvador escribe:

Por aquí vi en el número 17 de octubre del periódico panorama... sobre una posible exposición de sus cuadros bajo el título de tumorales... muy bueno el título por ello representa el tumor de una sociedad que forma un núcleo de tumor moral en todo el sentido de la palabra... en la lámina que acompaña al reportaje en esa página veo al lado de una tibia veo las cosas abultadas que bien pueden ser las caderas de una orgullosa dama que bien están en su período de descomposición o en proceso de resurrección en su llamado a la carne para que comparezca en visión aterradora para gritar la verdad... porque usted sin ser Dios barbado sentado en la nube luminosa es pues atrevido que a la vez hace las veces de ángel anunciador apoyando la trompeta apocalíptica plástica sobre el hervidero de las miserias humanas para plásticamente juzgar esa carne. (Contramaestre, 1986).

La creación del Museo de Arte Popular Salvador Valero sustenta su justificación en las palabras de Contraamaestre(1976) en el proyecto inicial donde expresa que su misión es *“buscar las raíces de lo nuestro, indagar con persistencia, ahínco, las tradiciones, el mundo mitomágico, las leyendas y todas las manifestaciones que de una u otra manera subyacen en nosotros”*, con objetivos precisos basados en el propósito de estimular, documentar, investigar, divulgar y poner al servicio de la educación y de una sólida conciencia nacional, la creación plástica del hombre común de la región Andina y de toda Venezuela; destacar la significación del Arte Popular como componente esencial de identidad y manifestación popular de independencia y soberanía nacional; y, realzar la significación del Museo de Arte Popular, objetivos que se han logrado exitosamente y le han permitido responder a una colectividad ansiosa de vivir el arte popular en sus más diversa y ricas manifestaciones, estimulado al artista hacia el trabajo plástico, reconociendo los valores expresivos y significativos de su obra, sin exclusiones, con bases que se insisten democráticas, sin prejuicios, discriminaciones, valoraciones esteticistas.

La participación que ha tenido el Museo de Arte Popular Salvador Valero en la construcción de la historia de la plástica nacional en el siglo pasado es indiscutible y valerosa. En principio representó y sigue representado un espacio creado y sostenido para mostrar las creaciones de los artistas no académicos, buscando que sus obras sean vistas más allá de trabajos artesanales y creaciones improvisadas, la dignificación del artista. Esto se manifestara colocando su obra a la par de los artistas académicos quienes, tienden a establecer fronteras intangibles entre el arte llamado culto, académico y el popular. Estos propósitos dieron pie a la creación del salón Bienal Salvador Valero, programa iniciado en el año 1986 a los diez años de la fundación del Museo, que convocó a todos los artistas populares del país y vale mencionar que extendido en todo lo largo de las últimas dos décadas del siglo XX, demuestran la manera en que los artistas académicos se han ido incorporando y se van poco a poco borrando esas barreras absurdas de encadenamiento a las interpretaciones ideológicas y estratificantes del arte. De igual manera es importante señalar que en el año 1985 se de la creación de la Muestra de Plástica Trujillana, como un espacio para el encuentro de todos los artistas plásticos del estado y que evidenció en todas sus ya siete ediciones celebradas, la preponderancia y vigencia de los artistas populares.

Así como fue creado el Museo Salvador Valero, se ha dado una importante labor en la creación de otras instituciones similares que se fueron creando paulatinamente, y que sin duda han sido conjuntamente con los Ateneos y Casas de Cultura, los lugares de apoyo y proyección de todo el quehacer plástico, entre ellos: Museos: General José Félix Ribas, creado en Niquitao; Museo Tulene Bertoni, en Valera; el Museo Histórico, en Carmania; Museo Rangel, en Betijoque y en Museo José Gregorio Hernández en Isnotú, Museo Trapiche los Clavo, Museo Campesino Tiscachic y un importante movimiento museístico surgido en el año 1996: La red de Museos Comunitarios.

Es así como la plástica trujillana está definida por una excelente representación de creadores de diversos estilos y si bien es cierto que el arte popular ha sido el más sostenido, el arte de estilo académico ha dado importantes ejemplos, muchos de los cuales se omiten en el presente trabajo y que exigen una profunda reflexión acerca de la elaboración de una historiografía del arte trujillano en la que se registre con justicia y elocuencia el quehacer de la plástica en este estado y sus valiosos aportes a la historia del arte nacional y latinoamericano.

Referencias Bibliográficas

Contramaestre Carlos (1986). Salvador Valero. Arte. Caracas.

Perozo Mario Briceño (1984). Historia de Trujillo. Academia Nacional de la Historia. Caracas.

Pérez Carmona Antonio (1976). Los Cuicas y sus Herederos Poéticos. Armitano. Caracas.

Díaz Mariano (1990). El barro Figureado. Fundación Bigott, Caracas.

Díaz Mariano (s.f.). Por un Cielo de Barros y Maderas. Refolit Compañía Anónima, Caracas.

Navarro Castro, Gustavo (2002). Territorios íntimos Asdrúbal Colmenárez (Catálogo) Fundación Museo de Arte Contemporáneo de Maracay Mario Abreu.